

PROGRAMA EDUCATIVO DEL INFANTE D. JUAN MANUEL*

MARCIANO SÁNCHEZ

Universidad de Salamanca

Si hemos de creer al Prólogo-Dedicatoria, el infante D. JUAN MANUEL¹ parece que se sentía muy preocupado por los problemas de su tiempo, hasta el punto de que le hacían «perder el dormir». Como terapia contra este insomnio utilizaba el leer y escribir. En consecuencia, si el origen de este *Libro del cauallero et del escudero*, calificado por Díaz Plaja como «curiosa enciclopedia didáctica de su tiempo»², hay que buscarlo en las noches de insomnio que padecía en Sevilla, es lícito concluir que los temas educativos constituían una preocupación para el Infante. Si bien no es tanto un tratado sistemático de educación cuanto una «fabliella» —género literario de la época que funde lo novelesco y lo didáctico— da pautas suficientes para, de una parte, deducir cuál sería el método de educación imperante entre los nobles junto con sus principales contenidos educativos, y, de otra, inferir el sistema ideal para don Juan Manuel.

Aunque no fuera preciso, conviene advertir que la educación a que se refiere don Juan Manuel es «clásica», para una élite; no para el común de los mortales, sino para un «estado» social, cuya misión específica en la sociedad es la función directiva. De ello tiene el Infante una conciencia muy clara. Y por ello propugna una división de saberes en función del *status*:

* Se ha tomado como base el *Libro del cauallero et del escudero*.

¹ Hijo del infante D. Manuel y nieto de Fernando III el Santo, nace en Escalona en 1282 y muere hacia 1349. Es una de las figuras más completas de la literatura bajomedieval española. Por su actitud moralizante toca los temas educativos en varias de sus obras: *Libro de los Enxiemplos*, *Libro de los Estados*, y, sobre todo, en el *Libro de los Castigos* o *Libro Infinito*, y, de manera particular en el *Libro del cauallero et del escudero*.

² *Antología Mayor de la Literatura Española*, I-IV, Madrid, Labor, 1958, vol. I, p. 576.

«...los caballeros, ... an tanto de fazer en mantener el estado en que están, que es de muy grant periglo et de muy grant trabajo, que no an tienpo nin letradura...»³.

Idea que reitera cuando dice: 'non cunple a mi estado saber mucho de las yeruas' y quiere justificar su falta de conocimientos porque, debido a sus ocupaciones de caballero, no tuvo «tienpo nin logar de aprender mucho de otras sabidurias nin de otras sciençias»⁴.

En el *Libro del cauallero et del escudero*, D. Juan Manuel presupone una teoría de la educación y esboza una acción programática que lleva a la práctica. De él podemos deducir una serie de principios orientadores, unos contenidos globales, una axiología reflejada en los contenidos prioritarios, un método, un programa de contenidos concretos (Teología, Antropología, Sociología, Ecología educativa, Economía, Física y Ciencias de la Naturaleza...) así como una fragmentación en etapas en función de categorías de edad o de supuesta madurez, siendo los catorce años —fecha tope de escolarización por mucho tiempo en vigor— los que marcan el límite.

PRINCIPIOS ORIENTADORES

A pesar de no figurar expresamente enunciados en la obra, toda la dinámica de la misma y hasta su propia concepción conducen a unos principios que son el sustrato y soporte de la concepción pedagógica. Un primer principio pudiera ser el de la *educación individualizada*. Para don Juan Manuel resultaría inconcebible —en el más amplio alcance del término— una educación en masa. Si basa la enseñanza⁵ en un constante diálogo, no habría posibilidad de realizarlo. Ciertamente el diálogo tiene mucho de artificio literario, pero no por ello es excluyente de una verdadera actitud pedagógica de carácter dialogístico. Dicho en

³ *Obras completas*, 1-2, Madrid, Gredos, 1982, cap. 34, p. 65, ed. preparada por José M. Blecua.

⁴ Caps. 43, p. 99 y 41, p. 106-108, respectivamente.

⁵ Aunque pudiera utilizar a lo largo del trabajo indistintamente términos como «educación», «enseñanza», «instrucción» y «formación», debo precisar, al margen de las conceptualizaciones de los profesionales de la pedagogía, que no son términos sinónimos y que su uso «indebido» obedece a motivaciones estilísticas. Por ello preciso el significado que tienen para mí. Por «educación» entiendo el potenciar las cualidades innatas del sujeto educando hasta un autodesarrollo integral no exento de la ayuda del educador. «Enseñanza» sería más bien mostrar, proponer, modelos y pautas de comportamiento éticos como científicos. «Instruir» alude a la comunicación de un caudal de conocimientos patrimoniales de un grupo humano. Y «formación» es la imposición de una forma, técnicas y cuadrículas mentales de una civilización determinada.

otros términos, don Juan Manuel, como escritor, es un dialoguista, pero también lo es como metodólogo educativo. Su concepción dialogal de la enseñanza arranca de la necesidad de una comunicación bipersonal entre educando y educador. En la obra que se analiza entre un «cauallero anciano» y un «cauallero nouel» o «escudero».

Un segundo principio, extraíble de la práctica y de la teoría, es su *concepción geróntica* en la cadena de transmisión del saber. Es el anciano el que instruye al joven. Y, coincidiendo con nuestro refranero, cuando afirma que «del viejo el consejo», verá en éste uno de los principales transmisores del saber, como expresamente lo afirma: «... el consejo que fallare por mejor deuelo luego meter en obra»⁶. O cuando pide para los educando «omnes buenos et cuerdos et leales, por que los consejen»⁷, «...que ayan qui los conseje bien et leal mientre»⁸.

La razón de esta gerontofilia educativa estriba en que el anciano ha acumulado una experiencia transferible a los jóvenes. Pues el anciano por su condición es más proclive a dar que a recibir, a proyectarse en el pasado que a ambicionar el futuro. Y el medio de transferencia no es otro que una *transmisión paremiológica*. El clásico *magister dixit*, que supone adoptar las fórmulas de dichos, decires, consejas, reglas, puestas, por lo general, en pareados o, cuando menos, en verso:

«Biuiendo yo en casa de vn sennor con qui guareçia, oy fablar a omnes muy letrados en muchas sciencias, et oy los dezir que por las cosas que son ordenadas en aquella arte dizen los gramaticos ‘reglas’; et por lo que llaman los gramaticos reglas, dizen los logicos ‘maximas’ et llaman los fisicos ‘anphorismas’. Et eso mismo es en todas las sciencias»⁹.

Por otra parte, el consejo si es tal, es desinteresado:

«Ca todo omne aque a otro conseja deue catar en el consejo que da mas la pro de aquel a quien conseja que la suya; et si asy non lo faze non es leal consejero»¹⁰.

En esta misma línea está el tercer principio: la *concepción hermética del saber*, «la mejor cosa del mundo»¹¹. La iniciación a este saber comienza cuando el caballero novel cae en un profundo sueño, un sueño

⁶ Cap. 33, p. 63.

⁷ Cap. 37, p. 75.

⁸ Cap. 37, p. 76.

⁹ Cap. 31, p. 60.

¹⁰ Cap. 22, p. 52.

¹¹ Cap. 2, p. 41.

iniciático. Este tipo de sueños —uno de los universales de la cultura— relacionado con la comunicación de un saber, con la revelación, es un fenómeno complejo que exigiría mucho tiempo para analizarlo (huída de la circunstancia y de la instancia, cerrarse a la externidad, receptividad de la transcendencia, percepción intrasensorial, despertar y aclimatación a la nueva y a la vez antigua realidad ambital...). Debido a esta complejidad no se analiza aquí, limitándome tan sólo a reseñar su presencia, anunciadora y deíctica, por ende, de un saber iniciático. Por desgracia la enorme e inexplicable laguna que presenta la obra en este punto imposibilita toda posible aclaración. Pero como es habitual que la recepción del saber vaya precedida de un sueño o se comunique en sueños, que tanto predicamento tuvieron en la antigüedad y en las culturas naturales, autoriza a considerar a don Juan Manuel como un hombre de tradición hermética moderada. Y se refuerza la teoría por el hecho de que el docente sea un ermitaño¹².

Esta γνώρισις o proceso en la comunicación del saber se realiza en tres tiempos: antes de ir el caballero novel a las Cortes, al volver de éstas y finalmente después que «ouo morado en su tierra, como quier que beuia en ella muy onrado et muy bien andante», no podía menos de ampliar sus conocimientos, «acordó de yr beer al omne bueno»¹³, «al cauallero ançiano que fincaua en la hermita»¹⁴. Esta gradación gnóstica responde también a una tradición iniciática y tiene por objeto que el neófito o neognóstico aprenda a valorar y a desear el saber que pretende recibir. Por ello se le exige que antes sea entendido y avisado: «Ca tan plazentera et tan generosa cosa es para los *buenos* et para los *entendidos* el saber que non lo pueden olvidar nin por los bienes corporales»¹⁵. De donde se infiere que en el aprendizaje iniciático se exigen dos cosas: 1.º rectitud moral («bueno»), que ya ha probado el caballero novel entre sus gentes, 2.º entendimiento o discernimiento («entendido»), capacidad de captación mediante una previa apertura de la mente, que también se había conseguido ya en las dos primeras entrevistas.

Puede señalar también como principio orientador, según el Infante, cierta *profesionalización de la enseñanza*, pues exige que el enseñante tenga la ciencia necesaria. De lo contrario «fincara engannador, et el

¹² Son continuas las referencias a la condición de ermitaño que se dan en el caballero viejo: «Le contó la aventura que le acaesçiera en el camino con el cauallero hermitanno»; «Acordandose de quanto bien aprendiera del cauallero que estaua en la hermita»; «Quisiera el cauallero nouel aver respuesta del cauallero ançiano que moraba en la hermita»; «Et fincó el omne bueno en su hermita, conpliendo su penitencia», p. 53 y 54 y *passim*.

¹³ Cap. 26, p. 55.

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ Cap. 26, p. 55-56; el subrayado es mío.

que aprende fincara engannado»¹⁶, con «muy grant danno al la ha de aprender»¹⁷. Ciertamente no se habla de profesión sino de aptitud, capacidad y ciencia *de facto* en el docente. Mas teniendo en cuenta lo arriba apuntado al hablar de educación «clasista» y las disculpas allí llevadas para eximir de ignorancia culpable al caballero, por no ser esa su misión, habría que concluir que los «letrados» a los que se hace referencia tendrían el saber como «profesión».

También en la mente del autor está implícito otro principio: la enseñanza debe hacerse mediante un *lenguaje técnico* propio para cada ciencia. Huyendo, por tanto, de toda vulgarización trivial, como la moderna 'fasciculitis'. Se necesita una terminología exacta, con tecnicismos que es preciso conocer y dominar¹⁸. La difusión de conocimientos a expensas de la precisión verbal y sin garantías de matización conceptual es, aparte de un fraude, una degeneración irreversible de la vida intelectual. Se exige, por tanto, profesionalización y hasta cierto grado de especialización:

«Pero si a todas estas preguntas que me vos fazedes non vos pudiere yo responder por aquellas palabras mismas que pertenesçen, non vos marabilledes, que muchas de las preguntas que vos me feziestes son de artes et de sçiencias çiertas que an palabras sennaladas por que demuestran lo que quieren dezir. Et aquellas palabras entender las ha el que sabe aquella arte, et por seer muy sabidor en otra non entendera aquellas palabras que son de la sçiençia que el no sabe»¹⁹.

Si don Juan Manuel tiene una concepción «clasista» de la educación, lógicamente piensa que debe ser *selectiva*: cada grupo social debe recibir una educación en conformidad con su *status* y de acuerdo con su rol social. Dado el objetivo de la obra propugna una manera específica de educar a los nobles:

«... vna de llas cosas porque pueden seer bien criados et bien acostumbrados los fijos de los grandes sennores, es que aquellos que los castigan sean de buena razon et de buena palabra; ca los fijos de los grandes sennores en ninguna guisa non deuen seer feridos nin apremiados commo los otros omnes de menores estados. Et por ende tengo que los an de criar, que les sepan dezir tan buenas razones et en tales tienpo, porque ayan sabor de aprender las cosas que valdran más...»²⁰.

¹⁶ Cap. 36, p. 71.

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ Véase la nota 5.

¹⁹ Cap. 31, p. 59.

²⁰ Cap. 37, p. 74.

El último párrafo enuncia un principio que bien pudiera ser la *regla de oro* de la educación: *la educación debe ser razonada, conforme a la edad y deductiva*. Es decir, que el niño no aprenda por miedo al castigo, sino por la belleza interna de lo que aprende y por el placer de descubrir la verdad de las cosas. Por eso la educación debe ser progresiva, ampliándose conforme el niño avanza en edad. Y finalmente que no le sea impuesta, que sea el educando quien vaya captando, según el momento, lo que le conviene para su vida.

La *educación* debe ser *integral*: para el cuerpo, para el alma y para los bienes. Por extraño que parezca don Juan Manuel concede importancia a la *educación económica*: exige que se eduque a los hijos de los grandes señores de manera que no reciban daño ni en sus almas ni en sus cuerpos ni en sus bienes²¹. Y que sepan «quando es mester de dar o de esponder... et quando es mester guardar o catar commo ganen...»²². Y pone en guardia contra los malos consejeros de los «mancebos», que por su corta edad y natural inclinación son más propensos a dilapidar sus bienes que a actuar en su cuidado. Y resulta expeditivo al poner en plano de igualdad la educación espiritual y la económica:

«Et commo los estados de los omnes, que an mester muchas cosas corporales, non se podrían mantener si los omnes sienpre cuydassen en las cosas spiritualers, por ende conuiene que cada omne cuyde y obre en las cosas tenporales segunt perteneçe a su estado. Et si asi non lo faze, yerra mo muy mal et non faze seruicio a Dios en ello»²³.

Otro principio encubierto se relaciona con una concepción de una *educación global*, en el sentido de que no sólo es quehacer de los 'profesionales', antes aboga también por un complejo *proceso de socialización*. Destaca la importancia de la *educación familiar*:

«... creed que para los legos non ha tan buena escuela en el munco cuemo criar se omne et beuir en casa de los sennores; ca y se ayuntan muchos buenos et muchos sabios et el que ha sabor de aprender cosas por que vala mas, en ningún lugar non las podra mejor aprender»²⁴.

Destaca la importancia del padre en la educación del caballero y la valora en gran medida por la ayuda que supone y por la oportunidad y el cariño:

²¹ *Ibid.*

²² Cap. 45, p. 103.

²³ Cap. 38, p. 83-84.

²⁴ Cap. 31, p. 59.

«... el padre, quando fiere al fijo pequenno, si le fiere con la vna mano, dal del pan con la otra. Et si el padre... le castiga depues que es en tienpo para lo castigar de palabra, castiganlo en manera que se parta de los yerros et que faga las cosas que deue. Et non gelo dize en manera nin en lugar quel pueda venir danno nin desonrra. Et en las cosas de que se puede mucho aprouechar, ayudanle quanto pueden por que las acabe ...»²⁵.

Llama también la atención sobre la importancia que tienen en la educación los *grupos de pares*:

«... ca si bueno quisiere seer y (en casa de los sennores) fallara muchos buenos con que se aconpanne. Et vna de las mas çiertas sennales que en el omne puede paresçer que tal quisiere seer, es quando ven a que conpanna se allega: ca todo onme se allega a aquel con qui ha alguna semejanza de obra o de uoluntade. Ca siempre los cuerdos se allegan a los cuerdos, et los bien costumbrados con los bien costumbrados ...»²⁶.

Pero no siempre estos *pares* tienen influencia favorable. A veces son perniciosos:

«Ca los mas de los que con ellos biuen non catan si non por adobar su pro con ellos; et por auer mas su talante, loan les et aconsejan les todo aquello en que pueden auer mayor plazer»²⁷.

Contra éstos y especialmente contra los «amigos apostizos» o falsos, «los que se amaan por el mester, et que la pro del vno es danno del otro»²⁸, «que quando a de castigar o de consejar a alguno, en tal manera et en tal lugar gelo dira que sienpre finque ende con danno o con desonrra o con vergüença»²⁹. También, por contra, reconoce que «el buen amigo» le ayuda en las cosas en que no obtiene provecho³⁰.

Finalmente don Juan Manuel pretende que la *educación* sea *pragmática*: para «beuir con razon et segun natura» y hacer «pro a si mismos»³¹. Para que sepan «quando an de auer contienda con alguno non lo pudiendo escusar ... et quando les cunple de auer paz». O para que aprovechen al mundo

²⁵ Cap. 39, p. 86.

²⁶ Cap. 31, p. 60.

²⁷ Cap. 37, p. 75.

²⁸ Cap. 39, p. 86.

²⁹ *Ibid.*

³⁰ *Ibid.*

³¹ Cap. 45, p. 102.

«al mundo labrando el criando: ca ellos crian los moços fijo et fijas de los omnes, de que viene a ellos pro et onra, et es poblamiento del mundo. Otrosi crian caballos et aues et ganados et canes que cunple mucho para la vida de los omnes. Otrosi fazen muchas labores, asi como eglesias, monesterios, castiellos, villas et fortalezas et casas fuertes et llanas et vinnas et huertas et molimnos et otras labores muchas que sont gran seruiçio de Dios et grant prouecho dellos mismos et poblamiento del mundo»³².

EL MÉTODO EDUCATIVO

El método didáctico que don Juan Manuel defiende y pone en práctica a lo largo de la obra es plural y ágrafo básicamente. Si bien es cierto que, haciéndose eco de la común idea bajomedieval sobre la importancia de la escritura y, posiblemente, también afectado por el síndrome profesional de escritor, reconoce que aquella es «vna de las cosas que mas lo (el saber) acreçenta ... porque el saber et las buenas obras puedan seer mas guardadas et mas leuadas adelante»³³, no se olvida de los libros. No obstante, no propugna el leer, el estudiar sino el observar, la reflexión, el pensar sobre las cosas en sí, sin intermediarios librescos. Incluso los considera causantes, en cierto modo, de un si es no es petulante actitud de algunos educadores y rechaza cierto complejo de inferioridad que pudiera darse en los no librescos:

«... ca esto que vos llamades vuestra vergüença, esto tengo yo por grant vuestra onra; ca quanto menos leystes et sabedes mas que los otros que mucho an estudiado, por vuestro entendimiento, tanto es çierto que vos fizo Dios mayor gracia en vos dar el entendimiento por que sopiesedes lo que sabedes»³⁴.

Aunque no lo formule está implícito el muy difundido aforismo latino: *Quod natura non dat Salmantica non praestat*, o su versión vulgar: «Lo que no da natura, tararura».

Y se decanta a favor del *método dialógico*. En línea con la mejor tradición didáctica clásica (recuérdense, por ejemplo, la enseñanza dialógante socrática y platónica) adelantándose a la posterior tradición renacentistas (como, por ejemplo, la de los hermanos Valdés, Pérez de Oliva, Fr. Luis de León...). Aunque su diálogo peque de rigidez y las in-

³² Cap. 45, p. 103.

³³ *Prólogo*, p. 41.

³⁴ Cap. 30, p. 58.

tervenciones del discente sean escasas si se las compara con las parrafadas del docente, e incluso estén ausentes y se hable de preguntas no explícitamente formuladas en el texto, logra el rompimiento del monólogo y la estructura compacta de un tratado. Por eso no puede hablarse de un simple artificio literario, una ficción estética.

Propone así mismo un método gradual en una doble vertiente: programática y humana. Por un lado desciende de las alturas de la Divinidad hasta terminar en la materia inerte (piedras, metales ...) ³⁵. Y, por otra parte, se exige una acomodación a la edad del discente.

Su praxis didáctica es un *método reflexivo-inflexivo*, por cuanto son frecuentes las reflexiones acerca de las diferentes materias y se adopta una actitud más parenética que pontifical y dogmática: «Digo vos que segund mi entendimiento ...» ³⁶. «Digo vos que segund lo que yo entiendo...» ³⁷. «Et si en la respuesta oviere algun yerro ...» ³⁸. Hay más sentido de la inferencia que de la eferencia, lo cual responde mejor al concepto clásico de «educación» (*educere* = sacar de, aflorar...). Incluso, aunque en contadas ocasiones, se recurre a la interrogación directa, que no es una mera interrogación retórica sino una postura inquisitiva transmitida al oyente: «Pues vos dezides que la franqueza es dar lo que deue dar et tener lo que deue tener, et la escaseza es dar lo que deue dar et tener lo que deue tener, pues si asi es, ¿qué diferencia ha entre ellos, o que es la razón por la que los omnes tienen que es mejor seer franco que escaso?» ³⁹. Al mismo tiempo son abundantes los consejos, las exhortaciones, introduciendo un cambio en el estilo expositivo y aportando nuevos artificios retóricos; exigencia de la fe («Et bien cred») ⁴⁰, no exento de cierto paternalismo («Fijo, sabet que» ⁴¹, «Fijo mucho amado») ⁴²; una tenue reprensión ante la ruptura del esquema inquisitivo:

«Fijo, fasta aqui todas las preguntas que vos me feziestes fueron senziellas et dobladas. Ca eran senziellas, por que non preguntauades sy non por vna cosa; mas otrosi eran dobladas, por que me preguntauades que era aquella cosa, et para que fuera fecha. Mas en estas a que avn non vos he respondido non feziestes asi, ante me preguntastes muchas cosas en vno ...» ⁴³.

³⁵ Cap. 31, p. 60.

³⁶ Cap. 33, p. 64.

³⁷ Cap. 34, p. 66.

³⁸ Cap. 36, p. 71.

³⁹ Cap. 19, p. 47.

⁴⁰ Cap. 21, p. 59.

⁴¹ Cap. 19, p. 47.

⁴² Cap. 28, p. 57.

⁴³ Cap. 39, p. 85.

El texto precedente muestra otra característica de su método: el *orden*. Participando de las ideas medievales, según las cuales el orden no puede desvincularse del número, y existe orden allí donde hay un lugar para cada cosa y una cosa para cada lugar, sus preguntas introducían desorden por ser 'dobladas'; pero era un desorden dentro de los límites de la tolerancia pedagógica. Mas una pregunta polisémica exige polilogía e introduce un factor distorsionante de la atención, de la concentración, impidiendo la cabal comprensión. Por esto se explica la suave reprimenda del caballero anciano.

También vale el último texto citado para descubrir otra faceta metodológica. Su método no quiere ser especulativo o filosófico, que lleve a la última razón de la cosa, antes se procura un acercamiento a los aspectos pragmáticos y asequibles de la misma («para que fuera fecha»). Al tiempo nos muestra una tendencia innata del ser humano, buscar la utilidad inmediata, que es también un conocimiento óntico de la cosa, pues desconocerla supone ignorar parte de la cosa en sí, su realidad funcional y dinámica, también compositiva. Con lo cual aboga por un conocimiento dual de la realidad: el estático o esencial y el dinámico, operativo y funcional.

De lo anteriormente expuesto se deduce claramente que se sigue un *método empírico*, más propio de sabios que de intelectuales. Es la experiencia directa o transmitida la que decanta el verdadero conocimiento de la realidad inmanente y circundante. Por eso la «ciencia» no debe confundirse con la «letradura». Esta supone «saber conplidamente», «saber la verdad conplidamente»; es decir, sin «yerro» ni «dubdas». La caballería que pretende enseñar el caballero anciano es ciencia, no es «letradura»: «... es de muy grant trabajo, que non an tienpo nin letradura»⁴⁴; «... yo, que bisque mucho en estado de cauallero et non aprendi otra sçiencia ...»⁴⁵. De ahí que el caballero anciano se considere capaz de educar, porque tiene ciencia, aunque le falte «letradura»⁴⁶. Es una interesante teoría epistemológica expuesta por don Juan Manuel sobre la que merecería la pena ahondar.

Finalmente acepta como válido el *método incentivador*, buscando apoyos didácticos mediante los cuales la enseñanza sea más atractiva para el educando o, por el contrario, penalizando el desinterés, el desconocimiento; pero siempre en función de la edad⁴⁷. La fecha límite para los castigos corporales será «a lo mas fasta en quatorze annos», porque

⁴⁴ Cap. 33, p. 65.

⁴⁵ *Ibid.*

⁴⁶ *Ibid.*

⁴⁷ V. cap. 37, p. 75.

se entiende que a esa edad el educando es capaz de moverse por la razón y no por el temor al castigo. Y no debe omitirse la idea de don Juan Manuel acerca de la superioridad de la nobleza de sangre que eximirá de los castigos físicos:

«Los fijos de los grandes sennores en ninguna quisa non deuen seer feridos ni apremiados commo los otros omnes de menores estados...»⁴⁸.

EL PROGRAMA⁴⁹

Don Juan Manuel concibe la educación como un todo. Por ello en su programa se fijan una serie de contenidos encaminados a descubrir, aflorar, explorar, conducir y activar una realidad total, la persona humana, con su mismidad óptica, intramundo, circunstancia, fenómenos y epifenómenos. Y no se trata de un vulgar juego de palabras, pues si algo caracteriza a la Edad Media como período histórico y metahistórico es su concepto totalizador y a la vez integrador de la realidad. Consciente de esta realidad el autor dedica una gran parte de la obra a los aspectos religiosos —que no deben nunca confundirse con los culturales— e incluso los pone en la cúspide —o base si se quiere verlo desde otra perspectiva— de su sistema de saberes. A pesar de confesarse, por boca del caballero viejo, ignaro en tales materias y exponerse al riesgo de «engañar» o confundir a su pupilo («fincara engannador»), no es óbice para que tenga la osadía de acometer la enseñanza de tales cosas, siempre desde el plano de la modestia y del antidogmatismo, fiando en que «Dios por la su merçed quiera que venga a vos pro et onra et que yo sin vergüença finque». Idea ésta de la ayuda de Dios básica en su esquema educativo y no sólo en la obra que comento⁵⁰.

Don Juan Manuel esboza un programa que se da en la segunda parte, cuando el caballero novel regresa para recibir una instrucción más cumplida⁵¹:

«Vos, fijo, me preguntastes primeramente que cosa es Dios et despues que cosa son los angeles et para que fueron criados; et que cosa es Parayso et para que fue fecho; et eso mismo el Infierno; et que cosa son

⁴⁸ Cap. 37, p. 74.

⁴⁹ Conviene hacer una precisión semántica: el término no se emplea aquí tanto para significar la distribución de las materias de una asignatura cuanto como listado orgánico de los elementos discibles dentro de un sistema educativo.

⁵⁰ V., por ejemplo, cap. 48, p. 113.

⁵¹ Cap. 27.

los çielos et para que fueron fechos; et que cosas son las planetas et las otras estrellas et para que fueron fechas; et que cosa son los elementos et para que fueron fechos; et que cosa es el omne et para que fue fecho; et que cosas son las vestias et las aves et los pescados et las yerbas et los arboles et las piedras et los metales et la tierra et la mar et las otras cosas et para que fueron fechas; et por que consiente Dios que los buenos ayan mucho mal et los malos mucho bien; et quales son las cosas que el rey deve fazer para que sea buen rey et mantenga a si et a su regno et a su estado; et qual es entre los omnes el mas alto et el mas onrado estado; et qual es el mayor et mas onrado estado entre los legos; et qual es el mayor plazer que omne puede auer, et qual es el mayor pesar; et que cosa es caualleria et commo la puede omne mejor auer et aguardar»⁵².

Vertido el párrafo a nomenclatura y categorías científicas actuales significaría que el hombre debe tener información acerca de la Teología en sus múltiples disciplinas, de la Astronomía, de la Filosofía y de la Física, de la Antropología, de la Zoología, Botánica, Geología, Geografía, de la Etica, de la Política, de la Sociología, de la Hedología y de la Deontología. Amplísimo programa que no vendría mal incluso en nuestros programas de enseñanzas básicas y medias.

TEOLOGÍA⁵³. En la práctica un poco escamoteada por no ser «muy sabidor» en ella:

«Que non so letrado nin pertenesce al mi estado, nin oy nin fable en las cosas spirituales por que me pudiesse caer conplidamente en el entendimiento»⁵⁴.

«Fijo, estas preguntas que me fazedes, muchas dellas tannen en cosas que pertenesçen a la fe, et lo legos non son tenidos a saber dellas, si non creer simplemente lo que sancta Eglesia manda. Que los fechos de Dios, que son muy maravillosos et muy escondidos, non deve ninguno ascodrinnar en ellos mucho, mayor miente los caualleros...»⁵⁵.

La Angelogía, Soteriología y Novísimos, son elementalmente tratados. La Eclesiología se limita a reseñar los aspectos jerárquicos dentro de la sociedad humana:

«... los estados del mundo son tres: oradores, defensores, labradores ... pero segun el mi flaco entender, tengo que el mas alto estado es

⁵² Cap. 31, p. 60-61.

⁵³ No se trata de una exposición exhaustiva de los contenidos que fija don Juan Manuel en cada materia —imposible en tan corto espacio y se necesitaría completarlos con otras obras— sino de apuntar tan sólo algunas líneas maestras.

⁵⁴ Cap. 32, p. 62.

⁵⁵ Cap. 34, p. 65.

el clerigo missa cantano ... et quanto el clerigo missa cantano a mayor dignidat, asi commo obispo o arçobispo o cardenal o papa ...»⁵⁶.

Y dentro de las funciones de la Jerarquía resalta el *munus docendi*: «Et la fe que es en sancta Eglesia me da a entender que todo esto es asy»⁵⁷. De acuerdo con el pragmatismo de que se ha hablado reduce la educación religiosa a la «educación en la fe» o a lo que se llamará «doctrina cristiana», de la que se tratará más adelante, y que coincide con los que luego serán los «catecismos populares» en sus enfoques generales.

ASTRONOMÍA. Don Juan Manuel, hablando por boca del ermitaño, expone cuanto ha aprendido «andando muchas noches de noche, et madrugando algunas vezes por guerras et algunas por caça et veyendo las vnas estrellas en qual tienpo naçen et en qual tienpo se ponen»⁵⁸. Por el contrario, cuando trata de explicar el movimiento de las estrellas, de los siete cielos, de los planetas, hace síntesis del saber clásico y bíblico.

COSMOLOGÍA y FÍSICA. También en este punto tiene «muy grant reçello ... de fincar con bergüença», porque cae fuera de su campo epistemológico.

ANTROPOLOGÍA. Preconiza ya el humanismo, pues en el hombre síntesis y compendio de la naturaleza, sin dejar sus concepciones medievales, pues da un papel determinante al «estado» como ordenador social:

«Et bien entendedes uos que si el cauallero quisiere tomar estado de labrador o de menestral, mucho empesçe al estado de cauallería; otro si si el rey toma manera de otro omne de menor estado que el, mucho yerra al su sennorio»⁵⁹.

«... el mayor yerro que omne puede fazer es en non conosçer nin guardar su estado»⁶⁰.

El hombre es compendio de la naturaleza: porque es «animal mortal et racional», y porque «es todas las cosas» (piedra, árbol, animal) y tiene, en parangón con los cuatro elementos (aire, fuego, agua y tierra), cuatro humores: «la sangre et la colera, et la flemma et la malenconia». Y es espiritual y eviterno como los ángeles. Y, finalmente, es cristiano. Y

⁵⁶ Cap. 17, p. 44.

⁵⁷ Cap. 33, p. 64.

⁵⁸ Cap. 35, p. 69.

⁵⁹ Cap. 38, p. 78.

⁶⁰ Cap. 38, p. 78-79.

en este punto exige una ascética elemental, conocida como «examen de conciencia» diario, que pasará a los escritores ascéticos posteriores:

«Et para saber el mismo que obras faze, el que cuerdo fuero deue cada día requerir en si mismo que son las obras que fizo aquel día, tan bien de las buenas commo de las contrarias»⁶¹.

ETICA y MORAL. Quedan subsumidas en la «educación en la fe cristiana». Se ajustan al esquema catequético de saber «qué debe creer, qué debe obrar y qué debe recibir». Creer los catorce artículos de la fe: siete relacionados con la Divinidad y siete con la Humanidad de Cristo. Debe actuar de conformidad con los diez mandamientos y practicar las «obras de misericordia», así como aborrecer los «siete pecados capitales». Debe recibir los siete sacramentos, y administrar sus bienes temporales: «cada omne cuyde et obre en las cosas temporales segunt pertenesçe a su estado»⁶².

ZOOLOGÍA. Dedicada atención preferente a la Ornitología, debido a que las aves son usadas en cetrería, explicable por su condición de noble. Por ello el criterio taxonómico es acientífico, la caza. Distingue: 1.º Aves que cazan y son cazadas. 2.º Aves que cazan y no son cazadas. 3.º Cazadoras «bravas». 4.º Cazadas que no cazan. 5.º Que no cazan ni son cazadas. 6.º Domésticas. 7.º «Monteses». En Ictiología distingue peces marinos, de agua dulce, de estanques o lagos y alternativamente marinos y fluviales. En Botánica, como «non cunple» a su estado «saber mucho de las yerbas», se limita a decir que tienen propiedades muy provechosas. Más importancia da a los árboles, distinguiendo entre serranos y carpóforos. Destaca los árboles frutales, distinguiendo los frutos: en los que «se come todo»; en los que «se come lo de dentro» y en los que «se come lo de fuera et non lo de dentro». Distingue entre árboles domésticos, orófilos, hidrófilos y finalmente árboles odoríferos y ornamentales.

GEOLOGÍA. Su taxonomía es también elemental: piedras preciosas y piedras para la construcción. La Mineralogía le sirve para reincidir en el estudio de la caballería, para luego dar tan sólo un listado de los metales más en uso: oro, plata, latón, cobre, hierro, plomo y estaño.

GEOGRAFÍA. Distingue entre mar y tierra. Aquél le sirve para establecer las bases etológicas de los caballeros y ésta para tratar del orden

⁶¹ Cap. 38, p. 81. Véase cap. 38, p. 77-85.

⁶² Cap. 38, p. 84. Véase, p. 81-85.

socio-político, al mismo tiempo que destaca la condición de tierra-madre y su variedad climática.

ECONOMÍA. Deja traslucir la idea de incompatibilidad de los negocios con el ideal caballeresco. Por eso la reduce la educación económica del caballero a que se rodee de buenos consejeros y a que vigile su gestión⁶³ y a procurar una buena armonía entre sus rentas y trabajos⁶⁴.

VIDA SOCIAL. La basa en dos pilares: los lazos de parentesco y de crianza así como en las relaciones de amistad⁶⁵.

SOCIOLOGÍA. Se injerta dentro de la concepción medieval de los tres estados u órdenes: «oradores, defensores, labradores»⁶⁶. Cada uno de ellos es muy bueno, porque se puede hacer mucho bien en el mundo y salvar el alma. Non son, pues, *per se*, sino *para*. Mas no cae en una simplificación socio-profesional cuando reconoce la existencia de otros estados como «mercadores» y «menestrales»⁶⁷. Propugna también don Juan Manuel los controles sociales⁶⁸.

DEONTOLOGÍA. No debe perderse de vista que la obra está dedicada a la educación de un caballero. Por eso la Deontología está vinculada a este estado. Además de dedicarle capítulos enteros y grandes parrafadas específicas, son continuas las alusiones y referencias a la caballería, «el mayor et mas onrado estado entre los legos». Estado que goza de cierta sacralidad, que se confiere a través de un rito «que semeja mucho a los sacramentos»⁶⁹, de donde le viene su dignidad. «Estado muy peligroso y onrado», cuyas obligaciones sólo podrán cumplirse con la «gracia de Dios (= gracia de estado) et con buen seso (discernimiento y cordura) et con vergüença (de fazer lo que non deua)»⁷⁰. Su ocupación debe ser la defensa: saber cómo y cuándo hacer la guerra, poner cerco o no, preparar y conducir sus tropas, ejercer el mando y el «buen companno», repartir el botín y las ganancias y mantener su honor: «Non deuen (los caballeros) fazer tuerto nin soberuía», pero tampoco sufrir lo de los otros.

POLÍTICA. Tiene un sentido teocéntrico de la política, sin que ello autorice a pensar que don Juan Manuel defendiera una concepción teocrática:

⁶³ Cap. 37, p. 75.

⁶⁴ Cap. 50, p. 114-115.

⁶⁵ Caps. 39, p. 86-87 y 37, p. 75.

⁶⁶ Cap. 17, p. 44.

⁶⁷ Cap. 18, p. 44.

⁶⁸ Caps. 46, p. 107 y 48, p. 111.

⁶⁹ Cap. 18, p. 45.

⁷⁰ Cap. 19, p. 46.

«... Dios puso en el mundo los reyes et los sennores para mantener las gentes en justicia et en derecho et en paz, et los acomendo la tierra para fezer esto, por ende los reyes et los sennores, que non an otro juez sobre si si non Dios, deuen catar que los pleitos que ante ellos vinieren que los judguen segund lo que fuere verdad»⁷¹.

De donde se desprende también la disgregación del poder, una de las características de la sociedad feudalizada. Como que la justicia es el quicio de la sociedad y el cometido más importante de quienes ejercen el poder político por ello han de «guardar sus almas et sus cuerpos et sus estados et las sus tierras que le son ecomendadas»⁷². Aspectos todos ellos que merecerían comentarios más amplios que no pueden tener cabida aquí.

AXIOLOGÍA DE D. JUAN MANUEL⁷³

En este punto no interesan tanto las conclusiones como la metodología aplicable. Puesto que don Juan Manuel, como hombre de su época, participa de la axiología del momento, sin embargo interesa conocer cómo poder descubrir su sistema y escala de valores. Hay dos maneras de aproximación: una directa y otra indirecta. La primera se produce cuando se defienden o rechazan determinadas formas de pensamiento o de comportamiento. Y la segunda, más complicada, se extraerá a base de una serie de indicios, generalmente subliminarios, que evidencian, tras un breve análisis, el mundo axiológico del autor y la profundidad de asimilación de las ideas ambientales. Me interesa más esta segunda, porque la considero más fiel, menos manipulable y espúrea, por cuanto suele escapar a presiones o a conveniencias, a pactos más o menos formales o formalizados, más o menos tácitos o implícitos, etc... Por ello, si no es más fiable, sí es, cuando menos, punto obligado de comparación y elemento de contraste. Entre los criterios de seguimiento axiológico puede hablarse fundamentalmente de cuatro: presencia, ausencia, jerarquización topográfica y espacialidad.

A partir del criterio de la *presencia* se manifiesta la necesidad —biótica, social o espiritual— de una serie de materias de estudio, las más arriba citadas. El análisis de esta presencia anancástica en la sociedad medieval excede los límites de este trabajo, pero está en función del concepto de sociedad y del papel del hombre en la misma, así como

⁷¹ Cap. 48, p. 111.

⁷² Cap. 48, p. 112.

⁷³ Lamentablemente no es posible extenderme en este punto, como tampoco en el análisis de la Antropología de don Juan Manuel. No obstante, espero poder dar a luz en breve sendos estudios que tengo preparados sobre estos temas.

de la ordenación interna de aquélla. Por ejemplo, aunque parezca tópico, la presencia de la Teología en el esquema educativo pone de manifiesto que la sociedad no es laica.

El criterio de la *ausencia* es más problemático. De una parte sería preciso determinar previamente que lo ausente debería estar presente, pero de otra, llevar al extremo la anterior premisa sería caer en un mecanicismo. Por ello, a pesar de no poder formular una teoría desde la ausencia, ésta da, al menos, pistas complementarias o suplementarias de análisis, según los casos. Resulta, por ejemplo, significativo que no se hable de materias como la Historia, la Literatura, el Arte. Una primera explicación ha de buscarse en que son materias de predominio individual y jerárquico. Lo individual como tal no se valoraba o, a lo sumo, empezaba a valorarse, y el protagonismo de las acciones y gestas correspondía a quien las dirigía: una batalla, por ejemplo, la ganaba el Rey, concepción que aún se mantiene en determinadas historiografías. Para profundizar más en este análisis habrá que distinguir entre *ausencia-olvido*, *ausencia-innecesidad*, *ausencia-silencio* y *ausencia-rechazo*, cada una de las cuales merecedoras de una valoración distinta. Por eso no se habla de disciplinas como nigromancia, brujerías, alquimia, etc.

Con el criterio de la *jerarquización topográfica* puede barruntarse la diferente importancia que el autor concede a las diversas disciplinas, bien por el hecho de no conocerlas, bien porque no les concede gran importancia. No puede extrañar que conceda el primer lugar y, por consiguiente, la mayor importancia a la Teología, *omnium scientiarum princeps*, y a la formación religiosa y el último lugar en el escalafón a la materia inerte. Esta escala graduada marca las preferencias aceptadas de valores tanto *in mente* del autor como en la sociedad. Se trata, pues, de una escala común de valores.

La *espacialidad* o espacio que dedica a explicar cada asignatura o algunos de sus aspectos es norma de valoración. Se verá, por tanto, como normal, que dedique mayor espacio a la Antropología, a la Caballería, a la educación en la fe católica...

CONCLUSIÓN

Quiero consignar aquí que, a mi juicio, la mayor importancia de este programa educativo no es constatar el nivel científico del momento, que, por ser necesariamente sincrónico con la época, y ser la Ciencia un hacerse, no tiene mayor utilidad a no ser para los historiadores de la Ciencia. Y siempre será muy relativa, pues don Juan Manuel no es un científico ni un investigador puntero. Sería, por otra parte, un error infravalorar el mundo científico medieval, resultante de unas coordenadas

históricas, tan válido para entonces como ahora el nuestro de estadistas y modelos, que también pasará y será un capítulo más —ni mejor ni peor— en el devenir científico.

Lo realmente importante es la preocupación por la transmisión de saberes y la ordenación de los mismos a unos fines concretos. Se trata de una Pedagogía Aplicada, aunque conjuntar ambos términos parezca un dislate, y es que hay mucha «pedagogía uránica». La base de esta pedagogía es una estructura didáctica integral, en la que se da una ordenación de elementos dentro de un todo didáctico (objeto didascálico y sujeto didascible). Al ser este último un organismo a doble nivel, físico-andrómico y psico-andrómico, se estructura siguiendo dos ejes: uno vertical de jerarquización axiológica y, al mismo tiempo, otro horizonte social de relaciones interhumanas y de intercomunicación cósmica.

En el llamado «mundo occidental», donde vive y escribe don Juan Manuel, la sociedad se definía —en el sentido de fijación de límites— como una totalidad cristiana (la *societas christiana* o *christianitas* o *cris-tiandad*); pero, al mismo tiempo, el individuo, como *alteri incommuni-cabile*, la persona como *suppositum rationale*, era cristiano y como tal interpelado por la razón. Lógicamente no puede pensarse entonces en una educación sin tener en cuenta tales fundamentos intra y metahistóricos. Desconocer u omitir, como ciertas historiografías están haciendo, tales instancias y circunstancias, es, cuando menos, quedarse en una epidiagnosis, en algo exorástico y hasta estrambótico: querer interpretar el mundo medieval desde referentes exógenos y, por ello, esperpénticos: el proyectar sobre él lo que nosotros pensamos ahora.

Aquel mundo, a diferencia del actual, tenía un concepto muy claro del hombre —lo que no presupone que fuera acertado—, y a partir de él elaboraba un programa educativo, que no debió ser tan malo, pues de él existimos ahora. Tenía así mismo muy clara la teleología humana y, en función de ésta, realiza sus síntesis pedagógicas activas y activantes. Sabía mucho de la interrelación hombre-entorno, hombre-medio y hombre-cosmos. Por eso el hombre pensante se ve a sí mismo como un microcosmos, un mundo concentrado. De ahí que no necesitara una educación específicamente ecológica, pues siendo educado para ser hombre verdadero y de verdad tenía que respetar su mundo. Y si no lo destruía, no era, como opinan muchos tecnófilos, por falta de medios de destrucción: para destruir, por desgracia, al contrario que para construir, se necesitan pocos medios.

Creo, sinceramente, que don Juan Manuel puede, como representante de ese falsamente llamado por ignaros «oscurantismo medieval», brindar oportunas reflexiones a una pedagogía quizás excesivamente tecnicizada y deshumanizada.